

DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Diciembre de 1921.

N.º 42 — Año VI.

De "Crónica de un Gran Pueblo en ciernes"

—“Por ahí no, don Esteban; más a la derecha hay una piedra por la que podrá pasar”. Dijo una voz de niño que partió de entre los abrojos que invadían la acera, al tiempo que don Esteban, con sus relucientes botines de charol y su traje de fiesta, pretendía continuar por el estrecho sendero que dejaban los yuyos al descubierto, en la calle.

—“¿Qué haces ahí, muchacho? ¿No vas, acaso, a la fiesta?”

—“No tengo un traje nuevo, don Esteban, y éste da vergüenza.”

—“Pues no aprovecharás los dulces. Dígame yo, que soy de la Comisión de estas grandes fiestas, que han de haber dulces para los niños de la escuela y banderitas nacionales para que conserven el recuerdo de este gran día. ¿Sientes las bombas y los cohetes que llaman ya a la manifestación? Pues poca cosa es eso, si piensas que habrán discursos que leerán nuestros poetas, y tendrá el pueblo humilde, reparto de ropas y juegos de olla podrida y carreras de embolsados y palo enjabonado, mientras los jóvenes correrán sortijas y habrá prendas para las novias. Y luego una banda de música marchará iniciando la columna, en tanto que nosotros, los que presidimos la fiesta, hemos de ir, en medio de banderas y estandartes, por la calle principal, desde

en los balcones saludarán las damas nuestro paso, y hasta habrá algunas que han de arrojarnos flores. Fiesta será ésta, muchacho, que por largos años pasarás sin ver en este pueblo una semejante. No han de faltar en el concurso ninguno de nuestros personajes oficiales, y todos, desde los aristocráticos señores hasta el pueblo humilde, han de escuchar de nuestros poetas los cantos que para la Patria en este gran día han compuesto. Dígotte, además, porque luego no te arrepientas de haber faltado, que los comercios cerrarán sus puertas y las sociedades extranjeras, que son aquí de importancia, la española y la italiana, han de concurrir con sus banderas y sus pintados estandartes, pues fiesta es de todos, y todos hemos de saludar a la Patria y a sus héroes. Bien que tú no podrás estarte esta noche en el salón del Club, donde se han colocado entre palmas y banderas los retratos de Lavalleja y Oribe, ya que no el del bandolero Artigas, de quien han dado algunos en ponderar sus hazañas a estas horas, cuando es harto sabido que fué grande enemigo de nuestros abuelos, a quienes llamó "godos" y enchalecó en cueros frescos, que dejó luego al sol, en los caminos. Mas nosotros, que de todo cuidamos cuando del bien de este gran pueblo tratásemos, quisimos que durante la noche tengan los humildes retreta en la plaza de la Constitución, donde hallarán ustedes solaz en las músicas de la banda, paseándose bajo los árboles y a la luz de la luna, que es llena en estos días, lo cual sirve nos a maravilla para ayudar a la mezquina luz de los faroles."

—"Todo eso lo dijo el diario, don Esteban, pero yo no iré con mi escuela."

—"Pues quédate con Dios, muchacho. Culpa es del maestro el que haya hoy tales obispos, sin amor al pueblo ni a la patria."

Y don Esteban terminó con esta brusquedad el día.

logo y fué, disimulando el mal humor que la indiferencia del muchacho por sus fiestas le produjo, y pretendiendo conservar gallardamente erguida bajo el sol, su galera de felpa y hacer rítmico el andar de su cuerpo opreso en la austera levita.

Agazapado entre los abrojos, cuyo aroma enervante excitaba sus sentidos; cayéndole sobre las sienes los rizados mechones de su cabellera; inquieto el mirar y atento el oído, largo rato iba ya que Rómulo esperaba la vuelta de Rosa.

El mismo Rómulo no acertaría a explicarse el extraño móvil de su espera.

Siempre, en sus juegos de niño por aquellas calles, habíase detenido ante el andar voluptuoso de Rosa, sintiendo que sus sienes agitábanse violentamente mientras los ojos absortos seguían el paso ligero de la niña. El anuncio de su virilidad, acusado por el sopor de aquel mediodía de verano, llevóle, sin que él mismo pusiese en ello su voluntad, a esconderse entre los abrojos junto a los cuales había de pasar la niña, cuya presencia hacía temblar extrañamente a sus carnes.

Entonces, con la mirada fija en la calle que llevaba a la plaza, sobre la cual observaba las nubecillas de los cohetes al estallar, Rómulo afirmábase en su propósito.

Rosa iba a volver por la calle desierta. Por las aceras cercanas a la plaza, continuaban pasando los hombres vestidos de fiesta, en tanto que hasta el niño llegaban los ecos de una marcha ejecutada por la charanga del batallón.

¿Qué iba él a hacer, a la vista de Rosa?

Rómulo mismo no lo sabía con certeza.

Por la calle principal pasó, desplegada a la brisa tenue del mediodía, la bandera de su escuela. Detrás, alineados en dos, cruzaron los niños que formaban el coro, adornados sus pechos con anchas bandas con los colores nacionales.

Notábase entonces cuán hondamente preocupaban al pueblo aquellos festejos de los cuales hablaba en todos sus números el único periódico, y para los que las doncellas trabajaron afanosamente en sus vestidos, y descolgaron de las perchas donde estuvieron por largo tiempo olvidadas, las levitas que en tan solemnes días, lucían los graves señores.

Todo hasta entonces había sido hablar de aquella fiesta, viniendo a ser constantes personajes de consulta, los miembros de las distintas comisiones. Sólo un detalle amenazó por unos días provocar un grave conflicto a los patrióticos deseos del comité. Y fué que, por razón que nunca pudo saberse a ciencia cierta, el cónsul de Francia negábase a concurrir a la manifestación encabezando a los miembros de la colonia de su país, que lo eran un su hijo y un cerrajero.

Mas todo se arregló, para tranquilidad de los notables y mayor lucimiento de los festejos, que iniciáronse con las dianas que al salir el sol, ejecutó la charanga a la puerta de las casas de los más respetables vecinos de aquel gran pueblo

El calor del mediodía, apenas si era menguado para Rómulo por el fresco de los abrojos, entre los cuales continuaba escondido. A no ser por los ecos de la charanga y el canto de los pájaros que saltaban entre los árboles del sitio que él tenía a su espalda, ningún otro ruido alteraba el silencio de la calle. Se diría que todo el pueblo hallábase congregado bajo los naranjos de la plaza, sin que ni aún las doncellas de la calle de los italianos, asomaran sus rostros, afeados por el exceso de polvo, por entre los espacios de las puertas que dejaban los vidrios sin colocar.

Rómulo sintió que el ambiente le hostigaba a cumplir sus propósitos, cuando el miedo le turbó un instante al oír la voz de Rosa que retornaba cantando por la estrecha senda de la calle.

El corazón comenzó a saltar dentro del pecho, em tanto que su garganta volvíase seca súbitamente y nublábanse de continuo los ojos, a medida que la niña acercábase, vestida de rosa, suelta la negra cabellera, ingenuamente voluptuoso el andar.

¿Se atrevería ahora, que la calle estaba desierta, y entre los altos yuyos que cubrían las veredas? ¿Y si daba voces y oídas eran por los padres de la niña, a los cuales no había visto pasar hacia la plaza?

Rómulo tuvo tentaciones de huir; mas era ya tarde y luego. . . ¿quién le aseguraba que no fuera todo bien?

—“Rosa, Rosa, mira qué bicho más raro va por aquí”;—dijo con la voz trémula de indecisión el muchacho, surgiendo de pronto de su escondite.

La niña se detuvo un instante, entre curiosa y desconfiada, ante el gesto extraño de Rómulo.

—“Acércate, Rosa, que se va a escapar.”

La curiosidad pudo más que el temor en la niña, que avanzó por entre los abrojos, al tiempo que inclinaba su cabeza casi junto a la de Rómulo.

Y entonces, súbitamente para ahuyentar toda vacilación; encendida la faz de deseo y de vergüenza, echóse el niño sobre Rosa, como un macho enfurecido de fiebre, intentando tenderla entre los abrojos. Dió voces de espanto la niña; golpeó desesperadamente el rostro de su atacante; confundió el insulto con la súplica; mas todo era en vano ante el ardor de la bestieznuela de Rómulo que, sin acertar a decir palabra continuaba en su empeño y juntaba sus labios cálidos y secos, a las mejillas frescas de la niña.

—“¡Socorro!”—gritó ésta en el instante mismo en que el muchacho la tendía en el suelo, y sus manos nerviosas y torpes hundíanse en sus ropas.

—“¡Ay!”—tornó a decir de rubor y miedo Rosa, cuando la mano de su atacante levantaba sus faldas. Pero Rómulo se detuvo de pronto; un estremecimien-

to extraño contrajo sus labios, y saltó hacia atrás espantado de su audacia y huyó a todo correr por la calle que llevaba hacia las quintas de naranjos que suben las colinas cercanas, llevando en sus ojos la visión confusa de algo muy blanco que había llenado sus ojos, como si Rosa, y todo cuanto estuvo a su alrededor, estuvieran vestidos de un blanco que le cegó en el último instante.

Ahora, corriendo primero por la calle de Matta y luego por el camino que subía la colina entre dos filas de eucaliptos y pitas, parecía sentir los pasos de los policías corriendo por darle alcance, sin que ningún árbol del camino ofreciérale seguro refugio.

Jadeante, cuando ya las piernas negáronse a continuar la carrera, tendióse el niño a la sombra de un bosque de álamos, en el cruce de dos caminos.

Oíanse repercutir en el aire tranquilo del atardecer, los ecos del Angelus, cuando por los caminos retornaban en sus carros los labradores, repitiendo aún los himnos escuchados en la fiesta, para la cual pusieron las mujeres los vestidos blancos con flores rosas, en las cuales daban entonces los últimos rayos del sol.

Desde su escondite, Rómulo les sintió acercarse, poblando con sus voces y el seco rechinar de las ruedas, el silencio de la tarde; pasar jubilosos frente a él, y alejarse de nuevo hacia sus chacras, volviendo a hacerse el silencio cuando sus voces se apagaron en la última loma del camino.

Cuando la noche se hizo en el pueblo, cuyas luces extendíanse en líneas rectas y débiles en las calles, y todo fué silencio en la plaza, mientras entre los álamos comenzaron a oírse extraños ruidos de pasos que quebraban las ramas extendidas por el suelo y voces nunca hasta entonces oídas, Rómulo emprendió el camino de retorno.

Al principio sólo anduvo a pasos precipitados; pero a medida que dejaba a su espalda la sombra de los eucaliptos que se extendían atravesando el camino, el miedo le hizo correr por la pendiente.

Ya en el pueblo, volvió a pensar en su situación. No érale posible volver a su casa hasta que no amainase el enojo de su padre. Y entonces, ¿dónde había de esconderse esa noche? Frente a él, tenía el sitio que tuvo a su espalda cuando cometió su culpa.

Rómulo avanzó entre los abrojos, y traspuesto el trozo de muro que caía hacia la calle, entróse en el huerto cuyos altos pastos llegábanle hasta las rodillas cuando él adelantábase por la senda que alumbraba, entre los perales, los sauces y las higueras, la luna.

Rómulo conocía el paraje; muchas tardes había hecho aquel mismo camino, para ir, como ahora, hasta el peral que estaba junto al pozo, y hurtar sus frutas, las mejores del huerto. Volaron los pájaros sorprendidos en las ramas y zumbaron en sus oídos las avispas cuyo camoatí sintieron estremecerse al impulso de la rama que se doblaba bajo el peso de Rómulo.

Las frutas fueron su cena. Colmado su apetito, Rómulo descendió del árbol y tendióse un instante sobre las hierbas húmedas que bordeaban el pozo, esperando la hora oportuna de volver a su casa.

Desde el cielo limpio de nubes, la luna, cuya imagen temblaba sobre las aguas verdes del pozo junto a las flores de camalote, iluminaba los árboles de los cuales veíanse pender, como esferas negruzcas, las frutas. Un aire tibio movía las hojas de los árboles, entre cuyas ramas saltaban los pájaros, y hacía ondular los pastizales, semejante a un tapiz plateado por la luz del astro.

Rómulo, de cara al cielo, oía el chasquido de los pasos al echarse al pozo y, en tanto aspiraba el aroma que le llegaba desde las madreselvas que subían por el

muro que daba a su espalda, meditó sobre su situación; cómo le era ahora de inconcebible su estado de ánimo, cuando atacó a Rosa!

En la soledad del sitio, pensaba en que la guardia civil andaría en su busca; en el castigo que le impondría su padre y luego el maestro, por haber faltado a la fiesta; en la venganza de los padres de Rosa; en la imposibilidad de ir ahora—que volvían a oírse los destemplados compases de la charanga—a hacer el matrero con sus amigos entre los naranjos y los plátanos de la plaza... Rómulo sintió grandes deseos de llorar.

Y después, ¿por qué abrazó él a Rosa y quiso tenderla en los brazos, y besó sus mejillas y estrujó sus ropas? Y cuando la tuvo tendida entre sus brazos, ¿cómo fue posible aquel desfallecimiento de su voluntad salvaje, al recibir de pleno en los ojos, el blanco de las enaguas de la niña, entre las cuales ahora le parecía recordar las curvas de unos muslos morenos? Entonces, en el silencio de su soledad, pensó con horror en la enormidad de su culpa.

¡Oh, si con aquella noche acabara todo; su padre, los amigos, Rosa, la guardia civil, el maestro; todos cuantos le perseguían, y él mismo!

Por las losas de la calle vecina, sintió pasos que se acercaban y deteníanse junto al muro. Un súbito temor dejó en suspenso el pensamiento de Rómulo, hasta que alejáronse los pasos, y la tenue luz de un farol iluminó un pequeño espacio. Era Mónaco que terminaba su constante labor de iluminar al pueblo. Rómulo torció a pegar su rostro sobre los pastos humedecidos ahora por su llanto, atormentada la mente por la enormidad de su culpa.

¡Oh, si acabara todo...!

Y se durmió.

¿NO FUISTE TÚ . . . ?

*¿No fuiste tú quien dijo del paisaje
Ser demasiado hermoso porque luego
Pudieran los demás, valer el viaje?*

*Era el país del fuego
Claro de sol que tuesta en los olivos
Un grisáceo metálico de aceros
Bajo un azul de cielos pensativos...*

*Enciende esmalte verde en los pnares
Y en los riscos agreste da al romero
Perfume de retama y azahares.*

*Bajo un azul de cielos pensativos...
Y sobre el agua añil del mar Tirreno
Cuya sñmbria de espumas aún repite,
En la similitud de un mar heleno,
El prodigio perenne de Anftrite...*

*Donde el acantilado de granito,
Al romper entre flores y esmeraldas,
Con tesonero esfuerzo en sus espaldas
Yergue un primer peldaño al Infinito...*

*¿No soñabas tú allí colgar tu nido?
¿No soñé yo también que eras la meta,
La única mujer que diera olvido
A mis peregrinares de poeta?*

*¿A dónde ya seguir como romero? —
 ¿En que otra luz acariciarme el alma
 Con un calor más dulce que la palma
 De tu mano a la mía en el sendero?*

*¡Todo camino ya fuera de vuelta!
 ¡Toda búsqueda más ya sin motivo!
 ¡El cielo estaba, en tu mirar, cantivo!
 ¡La luz del sol, por tus cabellos, suelta!*

*Fué sólo aroma, espuma y aire el sueño...
 ¿En qué niebla del Norte hallaste abrigo?
 ¡Fué sol que ríe, brillazón, beleño
 El mar azul me arrebató consigo!*

BUENAVENTURA CAVIGLIA (hijo).

LAS NUEVAS TENDENCIAS LITERARIAS

Cuando la perfección clásica de la literatura castellana alcanzó las más altas cimas, el afán de originalidad—mala nodriza—luzo su presa en los que todavía trabajaban a la sombra de las altas columnas.

Primero fué la preocupación detallista de la expresión seleccionada, vale decir, el culterano gongorismo. Luego, como reacción contra esto y contra el clasicismo, surgió la manifestación laberíntica, que se tradujo en conceptismo proteico. Para finalizar el proceso de la decadencia, el pedestre prosaísmo llenó la selva lírica con las monas y los lobos de las fábulas de Iriarte y Samaniego.

Nótese, de paso: primero, que esta decadencia tuvo sus orígenes en las dificultades, cada vez mayores, de alcanzar una grande perfección; segundo, que se inició cuando la literatura hispana se había enojado con los modelos inmortales; y, por último, que quienes la iniciaron y aún la propiciaron, habían comulgado largo tiempo en la tiránica cultura escolástica y se habían ciliciado, previamente, con largas disciplinas intelectuales.

Por esto no se exagera si se afirma que la decadencia nació por obra e influencia de los más altos espíritus.

Esta parábola, que es la gráfica de una ley casi general, fué recorrida, en orden inverso, en tierras de América.

Vibraba el vozarrón épico de Quintana, consumíase en recovecos académicos el detallismo de Bello, tronaban las cataratas en los versos de Heredia, y entre el desbarajuste verbal—que marchaba al unísono con la organización de los nuevos Estados políticos,—ya en las postrimerías del “ochocientos”, la siringa panida de Darío, fundiendo en su silbo, armonías equivalentes, encauzó y retrotrajo la corriente literaria hacia los antiguos orígenes. Nació el neoclasicismo, dándose el caso de que América fuese para España, lo que en el “seiscientos” y en el “setecientos” ésta había sido para aquélla.

América consolidó su soberanía intelectual como había consolidado en códigos democráticos su soberanía política. En páginas parnasianas, Francisco García Calderón ha sintetizado este proceso histórico, que señaló normas definitivas para la cultura hispanoamericana.

Los escritores de fin del “ochocientos” y principios del “novecientos”, dispararon bien sus flechas hacia las estrellas impasibles. Su neoclasicismo derramóse por todo el continente y, a la novedad de la expresión y a la modernidad del concepto, unieron las disquisiciones meditadas, fruto de vastas culturas y prolongados estudios. Las bibliotecas se abrieron a las jóvenes legiones. La cultura continental hizo correr en el cuadrante su aguja imantada, como al influjo de una atracción irresistible. América fué así, en el mundo de las letras, algo más que una expresión geográfica al culminar la época gloriosa, simbólica y poéticamente, con los “Cantos de vida y de esperanza”.

Muerto Darío y muerto Nervo, y desviado hacia más complejas labores Leopoldo Lugones, la trilogía soberana pierde su antigua eficacia. El deseo de hacer obra bella comienza a ser roído por el loco afán de no-

vedad, por reacción contra la perfección lírica alcanzada y por avaricioso aprovechamiento ante el silencio de los preclaros hermes sobrevivientes. No falta quien tomá en serio y trata de imitar, las "boutades" rubenianas o las "clownerías" de Valle Inclán. Y así llegamos a la eclosión de las nuevas tendencias literarias.

Todo lo arbitrario, todo lo absurdo, todo lo que no llegaron a intentar los preciosistas culteranos o los conceptistas quevedinos, es decir, el máximo de exageración, con el peor agravante de que ya el futurismo dejó de oler a muerto—lo que evidencia su absoluta inofensividad actual—irrumpe ahora en los jardines intelectuales de Hispano-América, como suele hacerlo la inquieta bandada cuando el guardián dormita bajo la solana en la hora densa de la siesta.

El arte no va ganando nada con esta licencia neomodernista, que ha dado en llamarse dadaísmo, creacionismo, ultraísmo, etc., en la que estorba el ritmo y la rima—matrices de todo verso,—la sintaxis, la ortografía y hasta el sentido común.

La onomatopeya futurista, al fin y al cabo lógica, resulta baladí innovación frente al simultaneísmo creacionista en que la originalidad del poeta precisa contar con la benevolencia—y aún a con la paciencia—del tipógrafo, y todavía con una buena cantidad de letras mayúsculas de diversos tipos, para que la novedad resulte más desconcertante.

Ante esta avalancha cabe adoptar una actitud severa más bien que conmisericordiosa o irónica. Está en peligro el arte autóctono y prontoos para ser cegados los fuentes hontanares de la belleza indígena. La crítica complaciente para con los nuevos, resultará cómplice en la decadencia irremediable. Se impone salvar en el derrumbe de valores literarios de la época, llamando

al buen camino a los que, en el grupo turbulento, todavía son dignos del "alba de oro".

Bien está la originalidad que sabe traducirse con los medios al alcance de los seres normales; pero, hacer una literatura de manicomio para que la gocen los seres equilibrados, es intentar un vuelco absurdo en la interpretación racional del significado que le hemos dado a las cosas, por herencia tradicional del lenguaje. No se trata de hacer valer los prestigios de las Academias que ya ni fijan, ni brillan, ni dan esplendor, desde que las rige el nepotismo aristocrático o la burocracia hambrienta. Se trata, antes que esto, y por sobre todo, de salvar el prestigio de las letras nacionales ante la invasión de unos nuevos bárbaros que intentan arrasar con las obras de cultura, como aquellos que pretendían destruir sin haber demostrado que eran capaces de crear.

Son espíritus jóvenes los que integran las falanges revolucionarias y tal vez proclaman ardorosamente la destrucción de lo antiguo o la negación de lo creado, porque en el afán creacionista, quieren crearse la cultura que no tienen, iniciándola en ellos, lo que, desde luego, supone la más candorosa de las nuevas ideas. Acaso se olvida que la renovación neoclásica culminaronla, Darío después de leerse la colección de clásicos de Rivadeneyra, Neruo, tras el conocimiento profundo de la literatura grecolatina, y Lugones una vez que alcanzó una cultura formidable. Y hace ya tiempo sostenía Henri Poincaré que para negar la eficacia de las leyes de Newton había que estudiarlas profundamente, a fin de estar en condiciones de poderlas negar más tarde.

Se puede sentir las cosas con la nueva sensibilidad y aún verlas con los ojos puros de la intacta modernidad; mas al darles exteriorización y transmitir las al gran público, justo es que exijamos—cuando menos—

claridad de expresión que es el fin primordial a que debe aspirarse.

Estamos asistiendo a la evolución del neodecadentismo en América. ¿Dónde estará entretanto, el otro Darío que, mientras los nuevos promueven sus incomprensibles algarabías, sordo al ruido circundante, está leyendo y estudiando y afinando la cítara para salvar los prestigios sempiternos de la belleza eterna?

América, con su belleza virgen, con su esplendor ubérrimo, espera aún a quien habrá de descubrir la inexplorada veta que se ramifica, como un árbol de oro, bajo el tablero resonante de sus ciudades tentaculares.

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.

Treinta y Tres, 1921.

PROSAS

Historia de un hombre que usaba lentes

Era una vez un hombre joven que se creía enfermo —y quizás lo estaba desde que se lo creía. Pero el caso real era que para los demás no estaba enfermo.

Y como él no se veía bien a sí mismo, creyó del caso y razonable usar lentes. Pero los demás no lo creyeron razonable y se rieron de él.

Y él, que estaba enfermo porque los demás eran sanos, comprendió entonces que la razón es de los que tienen doble vista.

Es así que los lentes fueron para él la fuente de su perfeccionamiento.

Historia de un hombre fastidiado de sí mismo

Era un joven que estaba fastidiado inocentemente.

Tenía la manía de querer estar siempre solo porque creía que su fastidio debía guardarlo para él, siendo así que la mayor parte de su fastidio dimanaba de sí mismo.

Y no notaba que los demás estaban en el fondo más fastidiados que él, porque no pensaban.

Y él que se distraía eternamente dudando, no era en realidad justo para sí mismo.

Pero el error es de este mundo—y el fastidio del hombre inocente que sinceramente amamantaba él mismo fué perpetuo en su vida—y sólo al morir reconoció el error en que estaba, cuando pudo comprender que ya no se fastidiaría más.

El hombre de la tela

Había una vez un hombre que había adquirido una certidumbre a fuerza de pensar en ella. Y era que no hay hombres verdaderamente tales, es decir, como es la idea común que tenemos de ellos—y que tampoco hay objetos inanimados — y que entre los hombres y los objetos hay relaciones muy finas y sutiles que nadie conocerá sino cuando prescindá de sí mismo para relacionarse íntimamente con todo.

Y este hombre había dado en la manía de querer disolver su personalidad en un reloj, porque había notado que ese reloj no caminaba sino cuando él le daba cuerda.

Y este hombre vivió eternamente forjando con hilos blancos y sutiles una tela que nunca concluyó, porque pretendía extenderla más allá de lo que el talento vulgar de la gente se lo hubiera permitido.

Y a pesar de esto fué un hombre que vivió toda su vida.

Historia de un hom-
bre lego de nacimiento

Había una vez un hombre lego de nacimiento. Tenía siempre la prosodia en los labios y la estupidez en la pluma. Sabía que uno y uno eran dos, pero nunca se le ocurrió que eso pudiera ser erróneo. Creía en el abecedario como en un artículo de fe.

Era supino hasta la vulgaridad y vulgar hasta el refinamiento.

Había digerido todos sus conocimientos de cordura en muchos años de estudio metodizado, y el método con que los digería era más regular que el de su mismo estómago, del que nunca tuvo una indigestión.

En lógica era inflexible: nadie pudo nunca cogerlo en una infracción de vuelos problemáticos.

A pesar de todo esto, nunca supo resolver un solo problema.

Era un hombre lego de nacimiento, y a quien la muerte se lo llevó un día de viernes santo, haciendo vigilia.

El hombre que era silencioso

Era un hombre tan versado en ciencias puras como impuras, y que tenía la costumbre de callar lo que sabía, porque creía que nada valía la pena de ser discutido.

Le gustaba mucho sentir las conversaciones y discusiones de los demás. Y mientras éstos hablaban, él permanecía callado.

Gustaba interiormente la suma delicia (que es un refinamiento exquisito), de comprender los errores ajenos y de callar su juicio. Cuando se lo pedían incidentalmente, sonreía y daba una opinión cualquiera.

Los diarios creían que no sabía mucho. Sin embargo, a veces creían vagamente otra cosa

Y en su profundo silencio era sabio porque era prudente, y era prudente porque sabía que, tal como era, nada mejor para él que ser prudente.

Este hombre nunca fué alabado, pero tampoco nunca se recriminó a sí mismo.

ANDRÉS PATENA-

Los hombres de las telas, pensaba titular Andrés Patena a una serie de historietas como las que ofrendamos a nuestros lectores, y que, escritas en 1900, han permanecido hasta hoy inéditas

Espíritu singular, casi todas las singularidades que atribuye a estos hombres, estaban en él mismo, y él las supo captar de tan extraño modo, en un período de su existencia en el que, como lo dice en *La historia de tres brahmanes locos*, vivían de tal modo que "conversaban del pasado como si fuera presente y nunca sabían del presente presente más que por ellos mismos que vivían en el porvenir."

Nos proponemos escribir algún día sobre Andrés Patena, a quien conocemos íntimamente; pero, por el momento, creémos que con lo dicho basta para dar a nuestros lectores una idea de este escritor.

Elogio de la Primavera en los Catorce Años de Blanco

*Cruel insomnio reveló
dejando la boca seca
por qué la última muñeca
hace días olvidó.*

*Muerde los labios a fin
de que la boca jugosa
cambie su corola rosa
en encendido carmín.*

*Flagra en los ojos serenos
tibia promesa de amor.
Hincha la blusa el temblor
inquietante de los senos.*

*Al paso la pierna es ágil.
Y al breve ritmo del paso
celebra el viso de raso
la curva del talle frágil.*

*Adivina lo que piensa
cada hombre que la mira.
Disimulando suspira
y aprieta el moño a la trenza.*

*Bajo los senos pujantes
late a prisa el corazón
y le pone la emoción
los ojos negros, brillantes.*

*Si algún buen mozo la rosa
al pasar, como al descuido,
le vuelte el rostro engreído:
afectada y pudorosa.*

*Y como es vano el intento
de protestar con enojos,
aduerme los tiernos ojos
ebria de presentimiento.*

LUIS CANÉ MALMERCA.

Buenos Aires, Primavera 1921.

Liminar en el libro "Una niña bonita", que el joven poeta, publicamos presentará en breve con un interesante estudio preliminar en el libro "La niña bonita", que el joven poeta publicará este año.

EL CHASQUE

(De "Alma Nuestra", libro que la Editorial "PEGASO" publicará próximamente)

Aun no existía por aquellos rincones el teléfono y el telégrafo, y eran necesarios para caso de urgencia los "propios" que, reventando caballos, se devoraban cincuenta leguas en ocho horas.

Para estas comisiones se necesitaban hombres de confianza, muchachos resistentes y que conocieran su responsabilidad.

Don Simón Rosas, en las tarjetas *réclame* de su empresa de diligencias, indicaba en letras llamativas que también se encargaba de "propios" a cualquier parte del país.

Diego Gularte, uno de sus peones, era el baqueano y el veterano de los chasques. Conocía los departamentos limítrofes como la palma de la mano y era ágil y de aguante.

Indiecito retacón y fuerte, parecía nacido arriba del caballo; puntilloso de su hombría, las órdenes que recibía eran sagradas.

—Gularte.

—Mande.

—Tenés que dir al Mellao, al Paso del Parque y estar mañana de güelta...

Dos o tres indicaciones más con respecto al caballo, al repuesto de éste, a alguna cortada de campo, a que tomase por una picada, y no había sol de fuego ni arroyo crecido ni nada que lo acobardase o lo atase.

Los otros peones lo consideraban con envidia, lo trataban de "lviano", aludiendo a su peso ligero, propicio a no cansar al animal en el viaje, y dándole, en doble sentido, un despectivo valor al vocablo popular, equivalencia de flojo. Pero él, suficiente, sonreía, y estrenaba un sombrero compadrón, un pañuelo de seda, como resultado de las galopadas terribles.

Una mañana,—no hacía mucho habían vuelto de un baile y mateaban para engañar el sueño,—cuando llega el patrón a la cocina y después de saludar, dice, toreado:

—Vamos a ver, ¿quién se anima a pegarse un paseíto hasta el Queguay?

Los peones, como reconociendo el derecho de Gularte, lo dejaron ofrecerse:

—Yo, patrón.

—Es pa las puntas del Queguay, a lo de don Lidoro Pintos, casi en la cuchilla de Haedo.

—Por donde el diablo perdió el poncho, comentó uno.

Gularte se mojó la cabeza, colocó unas frescas hojas de tártago dentro del sombrero, ajustado con el barbi-jo, se aseguró bien la carta que debía llevar, y en tanto sus compañeros le hacían guiñadas como diciéndole:

—Aura vas a ver con quién se casó Caña Güeca...

Partió.

Calentaba el sol.

El indio, sin dormir, entrecerraba los ojos encandilados por la luz.

Galopaba canturreando por el callejón, y todo se le volvía arrorrió: el acompasado golpear de los cascos del caballo, su propio canto monótono, el vaivén uniforme del galope.

Intentó silbar. Sacó un cigarro, atenuó la marcha y fumó.

Cuando llegó al arroyo del Mohno se mojó otra vez la cabeza, se acomodó las hojas medio achucharradas y miró con delicia el pasto suave, alto, que se movía e invitaba a una siesta.

Al avistar el boliche del "Tropezón", crió coraje.

Bajó allí, tomó una cañita y pidió una botella de cuarta de la bebida porque veía que si no iba a aflojar.

Cambió caballo; comió pan, queso y sardinas y emprendió la marcha.

Se acercaba el mediodía.

Las cachirlas, flotantes sobre sus patitas de alambre, esponjaban las alas, abrían los picos, asfixiadas.

Gemían las palomas: tuiráa . tuiráa...

A Gularte le pareció triste y desagradable la nenia y exclamó:

—Pucha, yo mataría todas las palomas.

Había un calor de incendio. Se dijera que a momentos todo iba a empezar a arder bajo el implacable cielo amarillo, lívido. La sombra azul violeta del muchacho y de la cabalgadura parecía ir suspendida en el aire enrarecido. Venían del camino y del campo, con olor a pasto seco, bocanadas de fuego que herían los ojos y reseocaban las fauces.

, —V-i-a tomar otro traguito.

Y la caña brava le daba una ilusión de fuerza y de alegría.

Se puso a cantar a gritos. Después le pareció que el pingo acertaba el galope.

—¡Disgraciao, aura te me vas a aplastar!

Y empezó a darle lazo y lazo, lauzándolo en carreras desenfrenadas.

El viento encendido le quemaba el rostro, le chillaba en los oídos, y él, dele rebenque, volaba por el callejón desierto.

Bufaba el caballo, echaba humo, se llenaba totalmente de blanca espuma.

A Gularte le zumbaba la cabeza y se sentía ganado de un furioso rabiarse contra el matungo, contra el camino, contra los campos y los palos del alambrado que giraban vertiginosos como si estuvieran bailando.

—¡Nunca me ha pasado esto!, se admiraba, y secándose el sudor se detenía para beber otro trago.

Se acordó del baile de la noche anterior: un güen baile... El salió enredadísimo con una chinita hija de una lavandera.

—¡Linda diversión los bailes!, y si son con corte no te digo nada!

—¡Lindo el baile!...

Galopó, galopó...

Sus recuerdos se confundieron, se embrollaron.

Sofrenó el caballo.

—Y aura, ¿pa qué me apuro tanto? se interrogó.

Llegaba a Laureles. Había un almacén. Nuevamente hizo llenar de caña la botella. Compró dulce, bizcochos, yerba, azúcar... Allí, a media legua, vivía una paisanita con la que él andaba noviendo.

Salió tambaleante del almacén y montó a caballo.

Rumbeó al rancho.

Dormía todo en el bochorno de la siesta.

El campo, el cielo, las cosas, estaban como suspen-

sos bajo la luz deslumbradora, en una calma de ojos abiertos e inmóviles.

Gularte sentía deseos de cantar a gritos; la sangre se le precipitaba a borbotones por el cuerpo tembloroso.

Al llegar, saludó. No obtuvo contestación. Cuando se apeaba apareció la muchacha, la pardita sabrosa por quien él se derretía de amores.

—Oh, usted, Gularte...

—Yo, prenda...

—Toy sola, mama salió.

—Mejor si es gorda, le sonrió el visitante sin saber lo que decía. Y alcanzándole sus regalos:

—Le traigo esto, sabe...

Ella tomaba los presentes: los dulces, la yerba, los bizcochos ..

—Gracias, pa qué se fué a incomodar...

—Usted lo merece... y se le aproximaba.

—Me parece que no está muy bien, Gularte.

—Estoy macanudo!

Dejó el caballo sin desensillar, se quitó el sombrero y entró al rancho, deshecho, derrengado, imposible.

La muchacha, que no tenía con él mayores intimidades, previó el peligro, quiso salir, pero él la tomó por un brazo tartajeándole:

—Venga, vieja, venga...

Y rodaron abrazados.

A los cinco minutos Diego Gularte roncaba con la boca abierta, mientras volaban, zumbándole sobre la cara, las moscas.

Cuando volvió la madre de la muchacha, se enteró a medias del suceso; arreglaron mejor al paisanito sobre el recado, mientras ella comentaba:

—Pobre mocito... si-ha pasao un poco...

El sol alto del otro día daba en la cara del indio que se recordó con una sed de agua ardiéndole las entrañas.

Se incorporó: las piernas duras, los riñones como descuajados, la cabeza terriblemente dolorida; salió del rancho, se fué al barril y bebió agua hasta sentir hinchada la barriga.

Estaba vestido. Vió su caballo. Con los ojos ardiendo, entrecerrados, somnolientos, la mirada perdida en las lejanías del campo, como sin ver se puso a pensar.

No se acordaba sino del baile que empezó en el pueblo y había continuado en plena campaña, donde todo, callejón y campo, alambrado y casas, giraban bajo la transparente lluvia de fuego del sol.

Se asomó la paisana:

—Güen día, Gularte.

Atrás aparecía la chiquilina, ruborizándose.

—¡Necesita cualquier cosa!

—Güen día, contestó él, y cuando quiso sacarse el saco para lavarse la cara, sintió en el bolsillo el frufutar de los papeles, de la carta, del cheque!

Se quedó rígido, paralizado.

—Junamante!!

Aún estuvo un minuto inmóvil, sin una decisión, frente a la cruda realidad de los hechos.

—No haberme muerto!

Ensiló. Se despidió de aquella gente que le daba un mate. Salió a todo galope.

Llevó la carta a su destino.

Llevó la carta, pero no volvió más al pueblo.

Estaba deshonrado.

MONTIEL BALLESTEROS.

MCMXXII.

SU NOMBRE

*Su nombre era bello, armonioso y breve.
En su nombre había ritmo musical
¡Cuántas, cuántas veces con palabra leve
Floreció en mis labios su nombre ideal!*

*Nombre dulce y tierno como una elegía,
Suave y delicado como un madrigal
Nombre melodioso, del que transcendía
Donosura y gracia, timbre de cristal.*

*¡Cuántas, cuántas veces mi amoroso anhelo
Invocó su nombre como una oración.
Con qué apasionado afán y desvelo
Lo sentí vibrando en mi corazón!*

*Nombre que tenía de Beatriz la eterna
Mística belleza que le dió el dolor
Y como Julieta supo de la tierna
Amante caricia del primer amor.*

*Nombre de leyenda, nombre diamantino
Que encarnita, seduce y locura da.
¡Oh, si se pudiera vencer al destino
Para proclamarlo en la eternidad!*

WIFREDO PI

DE LA VIDA LITERARIA

Retirarse a tiempo

Hay escritores que se pasan la vida tirando sus libros a la cabeza del público, sin que éste se dé por aludido jamás. Siento una gran compasión por esos nadadores condenados fatalmente a no arribar a ninguna playa... Hay otros que llegan a conquistar la celebridad y después se obstinan en perderla, poniendo en esta tarea, tanto o más entusiasmo que en la primera. Yo no sé si es más importante saber desaparecer que saber aparecer a tiempo, pero es indiscutible que aquel que calla cuando debe callar, se evita muchos sinsabores y contribuye a conservar su fama. Desgraciadamente ello es muy raro, y son muy pocos los escritores, como los artistas, que se deciden a dar un melancólico adiós a su facultad de producir. Entre esos pocos debemos colocar y loar a Brioux, el famoso dramaturgo francés, autor de una docena de obras maestras para teatro, todas ellas animadas por tesis generosas, pues no todo el teatro francés es adulterio, como parecen creerlo algunos badulaques. Brioux entretiénese ahora en publicar sus obras completas en varios tomos. En el primero van: "Menages d'Artistes", "Blanchette", "Monsieur de Réboval" y "L'Ecole des belles mères". Pero lo más interesante de este primer tomo es el prefacio del autor, que, relativa-

mente joven aún, y en pleno triunfo, anuncia que no producirá más. He aquí algunos párrafos de ese interesante documento, que debe ser conocido y no debe ser olvidado por nuestros escritores:

“No es sin bastante melancolía que me decido a publicar mi “Teatro Completo”. Por más que lo lamente, esto significa a mis ojos poner punto final a mi vida literaria, ordenar mis asuntos, cerrar mis baúles para el último viaje, el mismo que no contaré jamás. Hace un tiempo, mi recepción en la Academia me dió la alegría un poco especial que buscaba Carlos V, asistiendo al simulacro de su entierro. Los elogios excesivos que me dirigió entonces con tanta gracia el Marqués de Segur, tuvieron para mí las proporciones de una oración fúnebre, y sus frases tan ligeras sonaron en mis oídos como paletadas de tierra. Pero, como dicen las buenas gentes, no se puede ser y haber sido; y es menester saber aceptar lo inevitable.

“En último término, ese inevitable no es triste. Antes de encontrarlo escribiré todavía, sin duda, però tengo la impresión de haber dado ya casi todo lo que había en mí. Puede venir la muerte. Pronto estaré en la edad en que será lógica, y yo no le haré mala cara como a un convidado que llega demasiado pronto. No sé cómo la acogeré, pero sé cómo la espero: sin impaciencia, sin angustia, de la manera como se aguarda la noche después de una buena jornada de trabajo recompensado largamente, y que fué sin fatiga porque fué el preferido.”

Estos párrafos y los que siguen,—pues la carta es extensa,—demuestran que Mr. Brioux, cuyas últimas obras son muy inferiores a las de su juventud y a las de su madurez, posee el único talento necesario en esa época dolorosa en que hay que renunciar a renovar los laureles: el de retirarse a tiempo, como un actor de la escena. Seguramente qué ello cuesta, però el amor propio no debe enceguecer al artista hasta el

punto de privarle que se reconozca. Resignarse, en este caso, concreta toda la sabiduría. Pero son muy pocos los que como Brioux se resignan.

ALBERTO LASPLACES.

La desesperación de los Impotentes

Hay en la vida literaria seres tan insignificantes, de tan desesperante chatarra mental, que escriben dominados por una sola idea: la notoriedad.

Faltos de cultura, y más que nada, faltos de condiciones naturales, nadie los conoce fuera del campanario que los cobija. . De ahí su desesperación.

Reciben el castigo de vivir en la sombra. No resistirían la luz por la cual suspiran.

Sus escritos — atentados contra la lógica y contra el lenguaje — no tienen ni siquiera el simpático impulso de la espontaneidad, y están condenados a morir a pocos pasos del lugar de su nacimiento, sin otros comentarios que los que pueda tejer la interesada benevolencia de los turiferarios.

La impotencia que los ahoga, provoca en esos seres actitudes inauditas.

¡Quieren "brillar"! ¡Quieren "triunfar"! Quieren salir, aunque sólo sea unas cuadradas, fuera de los dominios del municipio lugareño.

Pero no pueden. Fingen creerse envidiados. ¡Envidiados! ¿Se puede envidiar la envidia? ¿Se puede envidiar la ceguera mental? ¿Se puede envidiar la ridiculez?

La actitud más frecuente de estos pobres seres es esa. Luego, creyéndose perseguidos o envidiados, empiezan por atacar la reputación literaria ajena.

Creen, en su necedad, que atacando a Clarín se puede llegar a ser un Bonafoux.

Y hacen de cualquier escritor más o menos consagrado (la cuestión es que tenga un nombre que se recuerde más allá de las fronteras departamentales), el *blanco* de sus críticas.

El escritor, consciente de su dignidad, si llega a enterarse de las "críticas", pensará con De Vigny: "Seul le silence est grand."

Esto desespera más aún a los inflexibles "críticos". Y es el mayor castigo que puede dárseles, no nombrar los, hacerles comprender su insignificancia.

Peró ocurre algunas veces—¡tan necias suelen ser esas gentes!—que se pretende ver debilidad, timidez, en el silencio que es superioridad.

En efecto: ¿es posible que un escritor modesto pero honrado, pueda ponerse a polemizar con el primer Juan Lanás, sediento de popularidad, que le salga al paso?

Conceder una contestación, en casos tales, es un error imperdonable.

No importa que el "crítico" pretenda creer que el silencio es timidez. Ya se convencerá, por más cerrado de entendimiento que sea, que es la superioridad lo que hace que no se le conteste.

Ellos, los "críticos", seguirán haciendo el monopolio del disparate, mientras el escritor pensará con Ingenieros: "Sentenciar con impavidez sobre materias hecteróclitas, fundándose en que las ignoran todas por igual."

No de otro modo procede el transeunte a quien pretende asustar, con furia ridícula, el inofensivo falderillo casero. Sería risible que ese hombre sacara su revólver para defenderse de tan pequeño enemigo. Cuando mucho el transeunte se limitará a sonreír... y se-

guirá su camino. Lo que no impedirá que el falderillo piense que el transeunte le ha tenido miedo.

Así debe proceder el escritor; sin debilidad y sin vanos alardes, frente a las críticas de los que no son ni serán nada; lo más que puede hacer es concederles la limosna de una sonrisa.

¡Pobres seres sin fortuna!

Para que todo les falte, les faltan hasta enemigos.

Tal vez un día reconozcan su error. Ya no podrán, acaso, cambiar de ruta. Se encontrarán vacíos de todo. Sólo les quedará un océano de palabras sin sentido que, en vez de hacerlos gloriosos, los cubrieron de ridículo.

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú.

CRÓNICAS DE ARTE

La exposición de Manuel Rosé

El incansable y audaz artista Manuel Rosé, se presentó este año, no a muy largo plazo de su última exposición, con un brillante conjunto de cuadros. Brillante en dos sentidos, por el esmalte de la luz primaveral que baña sus telas y por la vida y optimismo que expresan.

Este artista en continua evolución, suelto y exuberante, nos sorprende siempre con sus nuevos avances. En un período corto de tiempo, de seis a ocho años, ha tentado diversas tendencias. Recordémoslas. Primero, al llegar de Europa, la tendencia juvenil y sensual, donde palpitaba el deseo de las obscuras y perwersas tentaciones; hetairas pálidas y ondulantes, de falso carmín en los labios, de ojos luminosos, brillando en la noche de sus ojeras pintadas como astros de perdición. París, París de Montmartre y del Quartier Latin. Eter, absintio, opio, cocaína. Paraísos artificiales. Y flores del mal, luces del mal, amor del mal... Después, el aire sano de la tierra barrió parte de su snobismo parisino. Y si en su segunda exposición se presentó con extrañas figuras pintadas en la noche—no en la pálida noche que encalma los sentidos sino en la noche excitante y concupiscente — demostró una tendencia nueva, el paisaje. Era la revelación de su

yo verdadero, encontrado al sedimentar las enseñanzas del viejo mundo, las buenas y las malas. Una racha de naturaleza se había colado en su taller que disipando el olor a cocaína lo había arrastrado con ella al campo. De ahí nacieron sus hermosos paisajes de Las Piedras, con las viejas quintas húmedas y entristecidas, más cuidadas por las enredaderas que por el inconstante amor de los hombres.

Después viajó. Fué a la sierra alta y siempre vestida de blanco. Le cautivó la aparatosa decoración andina, y estudió valles y montañas con el inmenso telón azul de fondo. Fué su tercera tendencia.

De allí trajo el entusiasmo regionalista que hoy preocupa al arte rioplatense. Y pintó gauchos, indios, caballos de plateado apero, ponchos brillantes, lujosos mantos.

Hoy nos ofrece la última muestra de su nueva tendencia: el campo, amplio, fecundo, humanizado, no como paisaje, sino como valle del eterno trabajo.

Nos complace detenernos en el cuadro titulado "Las dos yuntas", que manifiesta esta última tendencia, la más honda y la más intensa. Si en sus anteriores ensayos consiguió triunfar, sus triunfos fueron de pintor. Dió complacencia a nuestra ansiosa retina; su cuadro de hoy nos da, además, la complacencia espiritual. Va de la plenitud de la naturaleza a la plenitud de la vida trabajadora, desposeído de literatura, de modas y de teorías. Va a ver, a comprender, a amar; después a comunicarnos su amor. Su comprensión no es estática, desde un punto de vista de curioso o dilettanti, sino energética, dinámica. Su espíritu concibe contagiado de la sabia lección campesina. Y sus artefactos de artista adquieren así el valor de herramientas de trabajo, como el hacha que abate, como el pico que rompe, como la hoz que siega. Su lenguaje resulta impregnado de viril filosofía, pues ha puesto su espí-



LAS DOS YUNTAS



ritu en actitud de trabajo; y mientras el arado insistente abre la tierra endurecida, su pincel graba una parábola que preocupa nuestra reflexión y nuestra simpatía, al igual endurecidas.

Vibra la verdad de la planta y de la bestia, junto a la verdad del hombre. Del inmenso paisaje que se extiende a nuestros ojos nos vienen fuerzas vitales; percibimos, no música, ni color, ni armonía, sino un ritmo fuerte y obstinado que penetra todo el sér. Es el ritmo de la vida prolífica, en el perpetuo surgir de la tierra, en el inevitable declinar sobre la tierra.

Por la pasión comunicativa y agitadora, el cuadro tiene virtudes de himno. Himno de color al trabajo. Trabajo profícuo, del sol con la planta y con la fruta y con el césped; el sombrío trabajo de la tierra, el humilde trabajo de la "boyuna yunta" y después el sabio trabajo de la humana yunta. Podríamos decir himno del surco, desde que todo se ofrece abierto como un surco: cielo brillante, surco de luz dorada; gleba negra, surco de misteriosa evocación; el lejano arroyuelo, surco de fresca linfa; y la boca jugosa de la hembra, surco rojo donde se abre como una flor la blanca sonrisa consoladora... Una música vieja ronda nuestros oídos. Y recordamos el canto de Carducci al buey que él amaba tanto:

"T'amo ô pio bove e mite un sentimento
 Di vigore e di pace al cor m'infondi
 O che solenne come un monumento
 Guardi i campi liberi e fecondi
 O che al giogo inchinandoti contento
 L'agil opra dell'uom grave secondi.
 Ei t'essorta e ti punge, e tu col, lento
 Giro de pazzienti occhi rispondi.
 Dalla larga narisce umida e nera

Fuma il tuo spirito, e come un inno lieto
 Il muggio p'el sereno aer' si perde.
 E nel grave occhio glauco entro l'austera
 dolcezza si rrispecchia
 Il divino dell' pian, silenzio verde.

Silencio verde, silencio húmedo, perfumado de paz campesina, silencio que abre nuestro espíritu cerrado por la hipocresía urbana. Silencio verde que nos penetra de calmas virtudes rurales. Después, el diálogo se entabla naturalmente. Hablamos con el varón fuerte y con la dulce compañera; ellos nos dicen cómo se llaman sus bueyes y los hacen personajes familiares en las ingenuas anécdotas: nos cuentan de sus siembras, de la lluvia y del sol. Y al abandonarlos, guardamos del campo como un leve murmullo purificador para cuando entornamos los ojos, más tarde, vueltos a la inquietud aprisionadora de nuestras casas.

A través de todas las tendencias ensayadas por Rosé, se puede encontrar siempre al artista lleno de emoción y de optimismo. La unidad de su temperamento se adivina siempre. Cerebro latino, luminoso, comprensivo, no busca de perderse por intrincadas sendas de refinamiento y de quintaesencia. Su manera de pintar acusa una envergadura hispánica en su carácter. Tiene ese lujo y esa facilidad—a veces fatal facilidad—con que pintan los pintores españoles. Las telas nacen sin retoques, aun vibrando de ardor. Y la vehemencia con que las ha realizado, se comunica fácilmente al público. Es como en la oratoria, cuando la nerviosidad del discurso sacude al auditorio. En la pintura, que no vibra en sonido sino en color, se comunica de igual modo el calor de la creación, se comunica y se renueva a la distancia de su creación. Hay cuadros que se miran serenamente; otros, llenos de

pasión; otros, como consejas; otros, como arengas. Los cuadros de Rosé son cantos. Cantos de sol, de juventud, de vida. Nos recuerda a otro vibrante intérprete de la naturaleza a plena luz, a Sorolla y Bastida. Nos lo recuerda por la espontaneidad de su pintura. Rosé tiene, como el pintor valenciano, ese frenesí infantil de fijar en la quietud de la tela la continua inconstancia de la vida. Y si se ha acercado al maestro, no ha sido por influencia anterior, ni por preconcebido estudio. Es una modalidad psíquica semejante, quizás producto de raza o de herencia. Los dos eligen los temas amplios, luminosos, lozanos. Y he ahí la esencial característica de Sorolla, como de Rosé: la lozanía de su arte. Nada de tesis, de procedimientos rebuscados, de hondas filosofías, de amargas máximas. La salud de esa pintura tiene algo de natural, traducida en belleza y en colores brillantes. Y los cuadros, llenos de luz en la semiobscuridad del salón, parecen madurar como frutas, destilando la miel dorada de su jugo.

Por esa modalidad no hemos visto triunfar a Rosé en la pintura decorativa. Sus ensayos regionalistas eran interesantes fragmentariamente, como retratos, como actitudes, como verdad. Pero el efecto harmónico, unificado, no estaba conseguido. Y no creemos que triunfe, pues no tiene Rosé la imaginación creadora para los grandes ritmos y las sabias sinfonías de color. Su estética nace de su visión objetiva, que no altera la naturaleza; tiene verdad, emoción fresca, transparencia, y el campo y las personas van al lienzo tal cual son, unos brillantes de color, otros claros de psicología. Encuentra la vibración armónica de la naturaleza, no la vibración superficial y fugaz, sino la honda vibración que agita toda cosa orgauizada. Y cuando altera la verdad del paisaje, en algunas telas de Córdoba hechas demasiado de recuerdos, o cuando

dispone esas grandes sombras violetas y esos árboles floridos para concluir los primeros planos de algunos de sus cuadros, notamos en seguida la receta o el artificio usado.

Con estas virtudes espirituales, esta facilidad de amor y de comprensión, ese optimismo lozano y viril, en frente al agro abierto y ubérrimo, Rosé va a constituirse en el inspirado exégeta de la labor campesina. No lo decimos a título de consejo, pero sí de adivinación. Creemos que el crítico debe descubrir en el artista las tendencias en las que habrá de triunfar definitivamente. Porque cuando el temperamento es recio e insistente, pese a críticas y a consejos, la personalidad cristaliza de una sola manera. Este determinismo vocacional es ley ineludible para los grandes cerebros. Los cerebros menudos viven en continua incertidumbre y en continuo tanteo, hoy con una escuela y mañana con otra, presos de la novedad y sin hallar nunca la única novedad, la que se esconde dentro.

Por eso creemos que Rosé ha sentido la fuerte atracción del campo. Es el campo renovador, fuerza positiva en contra de la fuerza negativa y disolvente de la ciudad! ¡Es el campo que inspira al suave Millet, enamorado del Angelus campesino, y a Segantini, el montañés, cautivado por las ariscas cumbres y por los blancos rebaños! Es el campo, escenario amplísimo para el eterno drama repetido y siempre igual, de la renovación de la vida. El que cuida los ancestrales gestos de la ancestral faena por la cual perdura y crecen églogas y en las viriles geórgicas. Y su voz, viniendo de los siglos idos, la repite hoy como un eco el que siega la dorada mies, el que corta el perfumado racimo, el arriero de las mansas bestias, el pastor, ¡ay! sin su caramillo. Se transmiten sin cambiar, pasando por todas las épocas y por todas las comarcas, los ritmos y las actitudes remotas. La lucha porfiada del hierro, hoy co-

mo hace siglos. La simiente igual y nueva, cayendo de una mano igual y nueva, hoy como hace siglos. La blanca leche, la dorada miel, la fruta olorosa y el pan blanco o moreno, hoy como hace siglos. Y el hombre, paciente, ordenador, vigilante, conquistando, hoy como hace siglos el alimento para el Hambre insaciable de la urbe. Los animales en cortejo o secundario ayudando, como las bestias, la labor del hombre, o espiritualizándola, como los pájaros. Las horas cambiando el tinte de los amplios fondos que pasan del alentador ópalo matutino a la sedante amatista del tramonto. Los meses distribuyendo los grandes saetos: primavera de verde remozamiento; verano de roja fecundación; invierno, de gris espera; otoño de amarillento desencanso...

Ante este drama ineluctable de la vida se ha instalado el espíritu amoroso y comprensivo de Rosé. Su gran cuadro, grande de naturaleza y de humanidad, lo ha puesto al unísono con la inquietud de la hora. Ha encontrado la emoción y la verdad fecunda, donde es posible hallarla siempre, en la inmensa grey de trabajo; la que alegre vive a cielo abierto, custodiada por los astros, la que se entristece en el opaco taller, consumida por la máquina. Y dió prelación a la primera grey porque se mueve en plena naturaleza, porque se decora de todas sus riquezas y se purifica en todas sus fuentes; porque crece en lozanía y virtud sin deformaciones físicas ni morales; porque, mausa, bañada de pálido sudor, cumple la bíblica sentencia, no ya como condena, sino como ley inmanente de la vida.

O. A. HERRERA MAC LEAN.

GLOSAS DEL MES

Paz y Guerra

Ha coincidido la reunión de paz convocada por el Presidente Harding, en Wáshington, con la aparición del libro alemán "La inevitable guerra entre el Japón y América del Norte", por Federico Wencker.

Como se trata del reverso de la medalla, la lectura de este libro nos provoca comentarios y reflexiones con las que llenaremos este mes las páginas de nuestro glosario.

Afirma el autor que las guerras pueden predecirse casi tan matemáticamente como los eclipses, y para un futuro próximo augura esta nueva catástrofe humana. La guerra americano-japonesa por el predominio del Pacífico, es cosa, en efecto, que se ve venir, y que, a no ser por una enérgica reacción de las masas, sucederá fatalmente.

Muy concienzudamente estudia el señor Wencker el proceso histórico, la situación actual de estos dos países y todas las circunstancias geográficas y políticas que los lleva de modo irremediable al choque guerrero. Para él no será sólo una guerra de dos países rivales, sino de razas y de religiones: será la lucha por la predominancia del amarillo y del blanco, de Budha y de Cristo.

Con tal motivo, el autor se burla un poco de la creen-

cia en la paz definitiva que se suponía iba a consolidarse después de la última bárbara hecatombe, y hasta teje una especie de ditirambo a la guerra, no ya en el sentido de Marinetti, para quien ella era el más entretenido y completo de los sports, sino afirmando que es el estímulo más fuerte de la cultura y el arte, el Engendrador (así, con mayúscula), "el padre de todas las cosas", como la llamó Heráclito, "un miembro de la divina ordenación del mundo", según la palabra de Moltke y concluyendo por sostener con Nietzsche que la guerra ha realizado mayores cosas que el amor al prójimo.

Como se ve, el espíritu prusiano y la filiación militarista del autor no pueden ponerse en duda; quien así habla no está al lado seguramente de los actuales revolucionarios germanos; es un patriota, un nacionalista antiguo, que ve de buen grado la proximidad de esa extraordinaria contienda, porque "será simultánea con el preludio de una mejor época para el pueblo alemán y, al mismo tiempo, el comienzo de su palingsesia."

La verdad es que los pueblos parecen no haber aprendido nada, no obstante los padecimientos inenarrables sufridos en la última tragedia: ahí están igual que antes, con las mismas ansias de expansión y predominio, con los mismos conceptos ancestrales sobre la patria y el honor, mirándose con idénticos recelos. A no ser en la vilipendiada Rusia bolchevique, no se ha visto un esfuerzo neto de reacción, un deseo real y generoso de cambiar la vetusta organización del mundo, por lo que puede decirse que la humanidad no ha dado un solo paso, a pesar de la sangre millonariamente vertida, en el sentido de su mejoramiento moral y su concepto del hombre.

La reunión provocada por el Presidente Harding, para disminuir los armamentos, sólo ha servido para

revelar la cantidad de prevenciones con que se miran las grandes potencias hasta ayer aliadas. Por otra parte, la paz no vendrá de arriba, de los gobiernos; sino de abajo, de los pueblos; vendrá por educación de las masas solidarizadas y cuando éstas sepan imponerse. Lo demás no dejará de ser sino escenas de teatro diplomático, es decir, artificio, papel pintado.

Desgraciadamente, pues, estamos de acuerdo con el autor en su escepticismo sobre la paz perpetua, pero esto lo decimos, no en elogio y justificación de la guerra, sino con dolor, como la expresión de una verdad trágica que exterioriza el estancamiento de la conciencia humana y la necesidad de rejuvenecerla en su concepto sobre el destino de los hombres y las naciones, convenciéndola de la inutilidad de los sacrificios sangrientos, de la estupidez de los imperialismos, de que, al fin y al cabo, el blanco, el amarillo, el mongol, son exactamente iguales, miserables y fugaces habitantes de la tierra.

No es posible seguir a Wencker en todas sus conjeturas; muchos de los hechos en que ve la preparación silenciosa para esta futura hecatombe, nos parecen juzgados con demasiada sutileza; pero el libro es bueno y merecería ser ampliamente difundido, a pesar de su desorientación ideológica, porque revela claramente un estado de cosas verdadero, cuya modificación, los pueblos de los dos países están en el deber de realizar.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

La comida mensual de la
« Editorial Pegaso »

Con igual entusiasmo y el mismo prestigio de las anteriores, realizóse el 20 de diciembre la tercera co-

mida mensual de la "Editorial Cooperativa PEGASO".

Fué una sencilla y grata fiesta, de la que la prensa diaria di  destacada crónica, y de la que, como en los números anteriores, queremos recordar someramente, citando de paso a los comensales, reunidos en amable hora al calor de ensueños afines.

Presidió la mesa, Alberto Zum Felde, que acaba de obtener ruidoso éxito con su libro "Crítica de la literatura uruguaya", y ocuparon asiento a su alrededor, el doctor Asdrúbal E. Delgado, Presidente de la Editorial, Ismael Cortinas, diputado nacional y dramaturgo de enjundia, Alberto Brignole, José María Delgado, Vicente A. Salaverri y Telmo Manacorda, de la redacción de PEGASO.

Estaban adheridos, además, y faltaron por imprevistas causas, Jorge Mitre, Santín Carlos Rossi, Carlos César Lenzi, Alberto Lasplaces, José Pedro Bellón, Francisco Alberto Schinca, etc., etc.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

“La inevitable guerra entre el Japón y la América del Norte”. — Por Federico Wencker.—Traducción de Andrés González Blanco y Enrique Ruiz de la Serna.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1921.

(De este libro nos ocupamos “in extenso” en la sección “Glosas del mes”, adonde remitimos a nuestros lectores).

“Huerto Maternal”.—Por Julio J. Casal.—Madrid.—1919.

Amor de padre, amor doméstico, de infinita ternura y de gracioso afán, alegre y triste a la vez, por tanta ingenua risa y tanto candor opaco, refleja este volumen una poesía férvida, que no se parece a ninguna otra poesía.

No es un libro para los hijos niños, sino un libro de padre que ama entrañablemente a sus hijos. Y como el amor en cualquiera de sus formas, siempre está lleno de tristeza si es perfecto,—he aquí que el libro que debió ser, acaso, jardín de infantes bajo los cielos claros,—se ha tornado en rimado y serio huerto que las nubes ensombren y los pájaros atardecen...

Dulce y bellísimo homenaje a la compañera de su vida, este libro, no en tanto, complace el espíritu, aun de aquellos que ignoran el calor misterioso que brota en las almas al conjuro de los hijos.

No en valde, hemos tenido, después de su lectura, que refrescar largamente nuestras manos en el agua fría...—T. M.

“Cincuenta y seis poemas”.—Por Julio J. Casal.—Madrid.—1921.

En el tomito elegante de este último envío de Casal, hemos encontrado ya mucho de lo que aguró nuestro corazón, cuando anotamos el recibo de “Humildad”.

Trátase de un hermoso libro de versos, lleno de dulce y suave poesía, transparente y fácil, breve y personal. Versos que tienen colorido de mantón español, suavidad y dulzura de sentimientos, diáfana y rítmica melodía...

Oír, analizar, elogiar cualquiera de ellos, obligaríanos a no de-

ñar ninguno en el olvido, porque el dominio de las musas está ya conquistado por Casal definitivamente y con todas las características de una personalidad.

En la finura extrema de sus líneas, en el matiz moderno de su estrofa, en la consonancia clara de sus versos y en la fantasía sutil de sus imaginaciones, Julio J. Casal tiene sonos desconocidos y brillantes, graciosos y tiernos, que nos dan de pronto la sensación de encontrarnos ante una turba aligera y vocinglera de pájaros nuevos,—amarillos de oro y rojos de rubí,—que saltan y cantan con gracia matinal entre las ramas verdes del gran árbol de la poesía..

Dicho está con esto, que se trata de un poeta de veras, ya que logra encantar de nuevo el viejo árbol, tan grande y un poco triste, en donde anidaron multitudes de pájaros líricos que hicieron el cosmopolitismo y la decadencia.

Nos regocijamos de rectificar con ello el juicio antiguo y la palabra de antes, seguros ahora de que el poeta, de los "cincuenta y seis poemas" es dueño ya de su canción y tiene, con ella, libra y amplio el vuelo...—T. M.

"Madre-Tierra".—Poesías por Juan Burghi.—Buenos Aires.—1921.

La poesía bucólica tiene en el señor Burghi un galano y apasionado cultor.

Elogia este libro el surco fresco, la bestia inocente, el hombre rústico, el árbol florido y todo lo que, de un modo o de otro, vive junto al seno generoso y noble de la madre tierra.

Motivos viejos, pues, y ya exaltados superabundantemente por la lírica de todos los tiempos, no obstante lo cual el autor consigue darles una vestidura nueva y, a las veces, muy personal. Casi todos sus poemas se leen, no sólo deleitados por la magia musical del verso, que el autor maneja con mucha destreza, sino también por la novedad de la idea, la fresca ingenuidad del sentimiento y la sencillez de la expresión. Así le dice al duraznero que alegra el patio de su casa: "Yo, por tí te quiero, porque eres un árbol,—y también te quiero por tu flor graciosa:—el cariño mío no es utilitario.—Todos te queremos... Si tú te secaras—¡qué triste, y vacío quedaría el patio...!—J. M. D.

Memorias de un amargado.—Por Alberto Romero. — Santiago de Chile.—1918,

El autor de este libro ha de ser indudablemente muy joven y muy bueno (lo primero es así: nos lo dice el prologuista; lo segundo lo deducimos de su alocada ingenuidad), y no ha encontrado aún en la vida su lugar de ubicación. Por eso su espíritu ha sentido dolores irreales y llora desgracias para sí ya casi irreparables.

En párrafos entrecortados y nerviosos planteas, situaciones nebulosas, estados de ánimo vagos e imprecisos, casos de conciencia y conflictos (¿a causa de qué?), que dejan al lector desorientado.

Nosotros hemos leído todo el libro esperando sentir algo de lo que el autor ha querido decirnos, pero confesamos humildemente que no lo hemos conseguido.

Será quizás para el próximo.—A. B.

“Antología general de poetas líricos franceses”.—Traducción en verso por Fernando Maristany.—Editorial Cervantes. — Barcelona. — 1921.

Pocas obras poéticas de una tal importancia como ésta, se pueden indicar entre las últimas publicaciones españolas del año.

La compilación es numerosa y selecta, la traducción es acertada y pura, el conjunto y, el detalle cuidados con raro esmero. Desde Orleans y Villon, en 1400, hasta la Condesa de Noailles, Paul Fort y George Duhamel en 1900, toda la selva lírica francesa canta en estas páginas y renueva sus graciosos y exquisitos matices, donde la poesía tiembla como una estrella en la noche azul, o se alborota como una bandada de pájaros en el jardín matinal.

Ya dijimos alguna vez que sólo el amor puede traducir sin traicionar los poemas escritos en extraños idiomas. He aquí que Maristany ha hecho su labor con tal empeño, que se olvida a veces el carácter que tienen esas páginas, y el lector cree tener ante sí, un libro extraño, donde una sola voz tiene cien voces con cien almas distintas, vibrando en seis épocas centenarias.

No faltan ni sobran entre los elegidos para este parnaso francés. Hasta en este detalle, se destaca fuertemente la obra de Maristany, poeta y crítico.

No hemos de terminar nuestro acuse de recibo, sintético por falta de espacio,—sin señalar también el hermoso estudio de Alejandro Piana sobre la poesía francesa, con que se abre el libro y se presentan los cien poetas galos allí reunidos.

Cinco siglos de poesía y la misma permanencia de alma, exquisita y pura como ninguna, se desplazan ante nuestro horizonte, con esta magnífica ventana abierta hacia Francia...—T. M.

Cartas de Bolívar.—1823-1824-1825.—Notas de Rufino Blanco Fombona.—Editorial América.—Madrid.—1921

He aquí un libro interesantísimo que contribuye eficazmente a la historia y grandeza de Bolívar, que es la grandeza histórica de América.

Copiosa documentación correspondiente a la anarquía peruana del año 23, a las batallas de Junín y de Ayacucho del año 24 y a la fundación de Bolivia en el año 25, llenan las cuatrocientas páginas de este volumen.

Algunas de las cartas del Libertador estaban ya publicadas en Lecuna, O'Leary, Villanueva o Larrazábal, pero la mayoría de ellas forman el conjunto inédito de los archivos americanos y europeos que el señor Blanco Fombona ha revisado y copiado con es-

crupulosidad amorosa, que bien denota su admiración profunda por el grande hombre de América.

Las cartas de Bolívar son de un interés fundamental para el conocimiento de la independencia americana, pero tienen, además, los caracteres virtuales de ser a veces magníficas piezas literarias o soberbios gritos de triunfo y de dolor que abren ante todos los espíritus, la grandeza luminosa del genio a quien el continente reverencia en los siglos.

El señor Blanco Fombona, cuya labor americanista se acentúa con brillantéz al frente de la Editorial América, ha realizado una importante obra histórica en la ordenación y anotación de estas cartas de Bolívar, que están destinadas a ser leídas con fruición por todos los hombres del nuevo continente—T. M.

"Ariel". "Jacobinismo y Liberalismo". — Por José Enrique Rodó—Editorial Cervantes.—Barcelona—1921

Una nueva edición de Ariel y de los artículos de polémica que Rodó reuniera bajo el título de "Jacobinismo y Liberalismo", acaba de lanzar a circulación la Editorial Cervantes. Prologa el libro don Rafael Altamira, reproduciendo—"porque después de los muchos años transcurridos no encuentra nada que rectificar en su juicio" — el artículo que escribió en "El Liberal", de Madrid, cuando apareció Ariel, al que juzga "el libro más representativo de Rodó". Como apéndice interesante trae este volumen algunas cartas que el autor de "Motivos de Proteo" dirigiera a su eminente prologuista de hoy, y otra que, sobre el sentimiento religioso y la crítica, enviara al señor D. R. Scafarélli. Nos creemos eximidos de comentar esta obra de Rodó, ya ampliamente juzgada por la crítica hispanoamericana, y en virtud de una de las cuales,—Ariel,—según el señor Altamira, Rodó subió rápidamente a la categoría de un valor universal en el mundo del espíritu—J. M. D.

"La relatividad". "Fracaso del Profeta". — Prosas de Arnaldo Blay.—Montevideo.—1921.

Así se titulan los dos últimos cuadernos que Arnaldo Blay edita mensualmente. La teoría de la relatividad, sustentada por Einstein y que parece afirmarse cada día ante el asombro del mundo, le sirve, en uno de ellos, para revelar su erudición y tejer sutiles disquisiciones filosóficas alrededor del tema. "Fracaso del Profeta" es una especie de cuento simbólico, novedosamente tramado y bellamente escrito.—J. M. D.

"Surgente".—Versos de Ortiz Guerrero. Obsequio de la Biblioteca Paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho.—Asunción. — 1921.

Versos son éstos, de bohemia juvenil, de dolor sempiterno, de luna romántica y de azul purísimo.

Como tales, tienen sus formales virtudes y sus defectos esenciales. Pero más que todo,—aun más que la influencia notoria de Darío,—se señala una cosa en este manojo desigual de flores y frutos paraguayos.

Queremos referirnos al retraso del poeta en la hora actual, cosa que seguramente propia de su encierro en Villarica, donde el dolor le acicatea alma y cuerpo, con esa manera desgarrante y turbadora que anula el tiempo, el espacio y el eco.

Quiera Dios concederle el alivio preciso y pueda él, dominar con brío y amor los pegasos selváticos que pifan y brincan en su tierra de trópico.—T. M.

“Nociones de Literatura general”.—Por Alejandro Andrade Coello —Quito.—1914.

Como libro de texto, este libro es amplio, generoso y humano. Hay páginas interesantes, algunas demasiado extensas, otras relativamente someras. No es un libro nuevo, en el justo sentido de esta calificación, porque después de Coll y Vehí, Campillo, Oyuela, Menéndez Pelayo, etc., muy pocas cosas nuevas pueden hacerse como texto de literatura. Sin embargo, Andrade Coello ha modernizado la materia con capítulos novedosos, que aunque pueden padarse y ampliarse,—según y cómo,—no dejan de interesar y hacer fácil y amena su lectura.

Nuestros estudiantes tienen en el texto del profesor ecuatoriano un luminoso auxiliar, que les va a servir de consulta y de estímulo, porque reúne éste libro las condiciones de erudición y de entusiasmo capaces de motivar esas dos tendencias del espíritu.—T. M.

“Poemas íntimos”.—Por Augusto Arias R.—Quito.—1921.

Es exquisito este poeta joven de la moderna selva lírica ecuatoriana. Estos poemas confirman nuestro juicio anterior y dan la justa idea del rimar cuidadoso y del ensueño sutil de Augusto Arias.

Fuerte, emotivo, puro, aristócrata, rubendariano en el más noble sentido, lleva una pena oculta que nadie ha de quitar... Brindamos a su juventud florida los más bellos ramos del mirto de la esperanza...—T. M.

